

XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009.

La organización del campo intelectual en el Estado Novo (Brasil, 1937-1945).

Da Silva De Paiva, Valeria.

Cita:

Da Silva De Paiva, Valeria (2009). *La organización del campo intelectual en el Estado Novo (Brasil, 1937-1945)*. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-008/139>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

La organización del campo intelectual en el Estado Novo (Brasil, 1937-1945)

Valéria Paiva (Iuperj-/CNPq)

Introducción:

En un libro recién publicado en Argentina, Alejandro Groppo procura mostrar, tomando la teoría del discurso de Ernesto Laclau como marco teórico, en qué sentido el primer período Vargas en Brasil (1930-1945) puede ser considerado menos populista cuando comparado al período que antecede y aquél que corresponde al inicio de la primera presidencia de Perón en Argentina (entre los años 1943-1947). De hecho, esta formulación no es nueva. Era lo que ya afirmaba Laclau (1979). Lo novedoso es que para aquellos que tienden a entender el fenómeno populista a partir de la teoría del discurso, y no en términos estructurales, esta es la primera vez que esa hipótesis es desarrollada de manera sistemática desde un punto de vista comparativo¹.

Según Groppo, cuando Perón asume como secretario de trabajo y previsión social, él adopta un discurso en que la justicia social surge como un elemento no condicionado, que lleva a que las fuerzas políticas se unan asumiendo conjuntamente una nueva identidad: la de oposición política. A este proceso de dislocación orientado por un actor político, en el caso Perón, que pone a descubierto los límites del sistema, en el caso la incorporación de las masas populares, el autor se refiere como la lógica de la equivalencia típica a regímenes populistas. La lógica de la equivalencia parece dirigir el sistema político hacia una polarización, o sea, a una situación de antagonismo político, en la medida que surge una identidad basada en principios no negociables, a la cual las demás identidades se pueden contraponer (Groppo, 2009, p. 61).

A diferencia de esa lógica, encontraríamos en el campo político brasileño en los años 1930, así como también en Argentina durante el período de la Concordancia, identidades políticas más desdibujadas, articuladas en un sistema estable de diferencias estratégicamente incorporadas que impedía que el sistema político se organizara a partir

¹ El libro de la historiadora brasileña Maria Helena R. Capelato (1998) había sido hasta la fecha el único estudio comparativo dedicado exclusivamente a la comparación entre el peronismo y el varguismo. Capelato, sin embargo, plantea que los dos regímenes serían igualmente populistas, y procura analizar su propaganda política desde la perspectiva de la influencia que la propaganda fascista e nazista habría tenido sobre ambos. Sobre este tema en Argentina, ver Marcela Gené (2008).

de elementos antagónicos (*id.*, p.62). En el caso brasileño, Vargas – quién nunca ha sostenido una visión no condicionada de justicia social – presentaba a si mismo como un gran conciliador. Vargas estaba dispuesto a ceder ante la presión de grupos de intereses diversos – fueran estos las oligarquías provinciales, los industriales o los trabajadores – a condición que estos grupos lo apoyaran en torno de un pacto nacional. Esta forma de gobernar que impide el surgimiento de fronteras nítidas entre las identidades políticas, mientras permite su gradual incorporación por el discurso hegemónico, estaría basada en una *lógica de la diferencia*.

La continua incorporación de las identidades políticas, que Alejandro Groppo identifica a la totalidad del sistema político durante la primera presidencia de Vargas, pareciera reproducirse también, y específicamente, en el campo intelectual. Sería arriesgado establecer una causalidad exclusiva entre un tipo de régimen político o su ideología y la relación que se instituye allí entre los intelectuales y el poder político (cf. Fiorucci, 2004). Aún más sin adoptar como marco teórico el mismo presupuesto de la teoría del discurso. Es plausible pensar empero que una de las causas para que tengamos un tipo entre otros tipos posibles de relación entre los intelectuales y el poder sea, de hecho, el régimen en lo cual esta relación se desarrolla. Tampoco se trata de contraponer o privilegiar los condicionamientos políticos sobre los condicionamientos históricos. El apoyo de los intelectuales al gobierno de Vargas, así como el reconocimiento de este grupo por el gobierno, que actuó como una especie de mecenas en beneficio de la cultura y de la elite nacional, recuerda el Segundo Reinado y la figura del imperador Don Pedro II. Desde este punto de vista, la Primera República podría ser vista como interrumpiendo una tradición que el Estado Novo rescataría, por un lado, profundizándola, por el otro, al institucionalizar este patrón de relación en un estructura burocrática (Fiorucci, 2004; Miceli, 2002)². El problema con este tipo de perspectiva no es que ella legitime el

² Sérgio Miceli no afirma que la expansión de la estructura burocrática del estado llevada a cabo por Vargas profundizó una tradición heredada sea de la Primera República, sea del Imperio. Él plantea, sin embargo, que este proceso de expansión y modernización del estado hizo de la burocracia un actor con intereses propios – tal cual habría pasado en otros países –, pero en el caso brasileño pendiente de los favores y privilegios estatales. Miceli se suma, en este sentido, a una tradición sociológica crítica al proceso de modernización autoritaria que habría caracterizado la historia política brasileña desde su Independencia (cf. Florestan, 1987; Werneck Vianna, 1997). Esa crítica presupone – en términos hipotéticos, claro – que solamente la tradición liberal y federalista hubiera producido un estado verdaderamente moderno en Brasil, un planteamiento bastante cuestionable.

discurso utilizado por los propios intelectuales de aquél período, sino que ella oscurezca el hecho de que una gran parte de los intelectuales que apoyaron y participaron del gobierno Vargas ya formaban parte de la vida política durante la Primera República mismo en términos institucionales en las gobernaciones provinciales. La diferencia parece ser, pues, menos de tradición que de ambiente político: es que, durante las primeras décadas del siglo XX en Brasil, la vida cultural e intelectual estaba organizada también ella alrededor de la política regional.

Así, al contrario del que habría ocurrido durante el primer peronismo (Plotkin, 2007; Fiorucci, 2004), está asentado en la historia política brasileña que el gobierno Vargas estableció una íntima relación con los intelectuales tomados como intérpretes de la nacionalidad (Miceli, 2001; Velloso, 1982; 2003; Capelato, 1998; Oliveira, 1999; Codato & Guandalini Jr., 2003). A su vez, la singularidad de esa relación estaría dada por la heterogeneidad de colaboradores que el gobierno logró reunir en apoyo a su proyecto político ideológico. En este contexto, suele ser recordada la figura del escritor y romancista Graciliano Ramos. Habiendo sido preso político en 1936, luego Graciliano vendría a colaborar de forma sistemática con la revista oficial del Departamento de Imprensa e Propaganda (en adelante DIP), *Cultura Política*, editada por Almir de Andrade. Ahora bien, en relación a este caso hay que señalar que su colaboración no estaba limitada a su área de actuación – la literatura – con artículos que según Almir de Andrade eran muy bien pagados para la época. Graciliano trabajaba en la revista también como revisor lingüístico y en la medida en que el número de artículos ofrecidos a la publicación sobrepasó lo que inicialmente se esperaba, Graciliano asumió, bajo la responsabilidad de Almir de Andrade, la tarea de selección de los textos, cuya elección final estaba a cargo de su editor³.

El hecho de que un opositor político del régimen se haga cargo de una función como esta muestra como las redes de sociabilidad, muchas de ellas generadas a partir del movimiento modernista de los años 1920, se sobrepusieron a o al menos entretejieron diferencias ideológicas que de otro modo serían irreconciliables. La postura de Almir de

³ “Eu selecionava e pouco depois, uns quatro ou cinco meses depois (do lançamento), convidei o Graciliano Ramos para fazer a revisão de ortografia e da linguagem dos artigos enviados à revista, e ele se encarregou também de fazer uma filtragem, selecionando o que era bom e o que não era. Eu examinava então aqueles *que ele achava aproveitáveis*” (Andrade, 1986, p. 3, énfasis agregada).

Andrade como editor de *Cultura Política* entre los años 1941 y 1945, o sea, durante todo el período que la revista fue publicada, así como la postura de Cassiano Ricardo en la dirección del diario oficialista *A Manhã*, a partir del año 1941, son representativas – y aún más si recordamos qué fue el ministerio Capanema – de un accionar que impedía que las diferencias ideológicas fueran vistas desde su potencial heterogeneidad. Este accionar permitía, aún, que estas diferencias fueran gradualmente incorporadas. Es muy poco probable pensar que en un contexto autoritario de alta centralización política, en el cual la mayoría de las decisiones pasaban por el presidente de la república, las acciones de personas claves respecto a la organización del campo intelectual hayan sido aisladas o heterodoxas. Se trataba de un rasgo que caracterizaba la organización del campo intelectual y de la esfera cultural en general.

Ahora bien, si la literatura académica pone énfasis en la relación entre los intelectuales y el gobierno Vargas, así como en la diversidad ideológica de sus colaboradores, pocas veces, sin embargo, este rasgo es tomado como un *modo de funcionamiento* del campo cultural que, más allá del peso relativo a las personas o a las relaciones personales, fue el resultado de una *opción política*. El análisis de la actuación de Almir de Andrade y de Cassiano Ricardo como editores de dos de los órganos más importantes de la prensa oficial encargada de la producción y divulgación de las directrices oficiales, *Cultura Política* y *A Manhã*, permite justamente desarrollar esta hipótesis⁴.

La incorporación de los adversarios:

⁴ Después de la publicación del clásico artículo de Mônica Velloso (1982) sobre las revistas *Cultura Política* y *Ciência Política*, se impuso como un sentido común repetir que *Cultura Política* era el órgano por excelencia de producción del discurso intelectual de aquel período. Velloso probablemente llegó a esa conclusión a partir del testimonio que Almir de Andrade dio a la historiadora Lúcia Lippi de Oliveira para el Archivo de Historia Oral del Centro de Pesquisas e Documentação da Fundação Getúlio Vargas (CPDOC/FGV). Cassiano Ricardo, director del diario *A Manhã* afirma, sin embargo, más o menos lo mismo en relación a la importancia del diario que dirigía. No pareciera ser el caso cuestionar si *Cultura Política* fue o no más importante que el *A Manhã* en lo que dice respecto a la producción intelectual estadonovista. Los dos periódicos tenían formatos muy distintos. Lo que sí es importante señalar es que tal como la revista del DIP, *A Manhã* recibió una importante colaboración de parte de los intelectuales involucrados con la producción de la doctrina política oficial y de parte de aquellos que sin involucrarse políticamente eran figuras destacadas del campo intelectual e cultural brasileño de entonces.

Tanto Almir de Andrade como Cassiano Ricardo afirman que trabajaban con un amplio margen de autonomía y buscaban colaboraciones independientemente de las posiciones políticas de los autores. Al inicio del año 1945, con la suspensión de la censura y con la crisis instalada en el gobierno, Múcio Leão, de la Academia Brasileña de Letras y responsable por la sección *Autores y Libros* de *A Manhã*, envía una larga carta a Cassiano Ricardo, dónde le explica porque había dejado el diario. Según él, Cassiano habría aceptado como colaboradores del diario “hombres de pensamiento de todas las tendencias, de todos los colores”, buscando así la “convivencia de compañeros de talento, mismo cuando ellos no desposaban sus ideas”. Sin embargo, en aquél momento, a él le parecería comprensible que, divergiendo como divergían de la orientación política del gobierno, estos hombres, entre los cuales incluía a si mismo, no pudiesen más seguir contribuyendo (*apud* Ricardo, p.174). Algo semejante afirmaba, entonces, Manuel Bandeira sobre Cassiano, como “el poeta (que) no nació para la política. [...] Es que el director de *A Manhã*, dice Bandeira, defendía el Estado Novo, pero al mismo tiempo invitaba a su diario colaboradores adversarios del oficialismo – Gilberto Freyre, José Lins do Rêgo, Afonso Arinos de Melo Franco, Vinicius de Moraes, etc. En la Academia el poeta mantenía la misma noble postura de no mezclar la literatura con la política” (id., p.179).

La literatura académica dedicada al estudio de la relación entre los intelectuales y el Estado Novo suele tomar como un dato el discurso de los intelectuales oficialistas, según el cual la línea que separaba la cultura de la política habría sido desdibujada en la nueva política nacional. El conocido discurso de Getúlio Vargas en la Academia Brasileña de Letras, de la cual también formaban parte Cassiano y Manuel Bandeira, entre otros, vendría a sedimentar según Lúcia Lippi de Oliveira (1999) y Mônica Velloso (2003) una relación exitosa entre – como lo decía Getúlio – la inteligencia y la acción. Azevedo Amaral – el intelectual que a lo mejor más claramente señaló la función del los intelectuales en el nuevo gobierno – suele ser citado en este contexto (cf. Velloso, 1982), debido a la defensa que hizo del espacio reservado a las elites educadas y capacitadas a formular en términos explícitos el sentido de las transformaciones sociales en curso (cf. Amaral, 1981).

Esta también fue la posición asumida por Almir de Andrade en el editorial del primero número de *Cultura Política*⁵. Andrade compartía con Amaral una perspectiva inspirada en la filosofía de Henri Bergson, según la cual la sociedad estaría continuamente en movimiento una vez que era un organismo vivo. Los intelectuales contribuirían con el régimen al traer a la superficie el sentido de este movimiento, que del contrario se perdería sumergido en el inconsciente colectivo (cf. Andrade, 1940). El pueblo, en el medio intelectual varguista, no era tomado obviamente como un actor que podría expresarse por sí mismo.

Es necesario señalar aquí, sin embargo, que esta función atribuida a los intelectuales por aquellos que se encontraban más involucrados con el gobierno no significaba “una integración total al poder”⁶ cuando pensamos en el campo intelectual como un todo. O sea, los intelectuales también podrían escribir sobre temas brasileños en revistas oficiales, ayudando así a la tarea de interpretación de la realidad nacional, aunque no apoyaran el gobierno en términos políticos. En definitiva, Almir de Andrade y Cassiano Ricardo lograron la colaboración de intelectuales que estaban en desacuerdo con la política de Vargas justamente por no exigirles que se comprometieran políticamente. Involucrarse con la interpretación de la cultura nacional, con su historia, sus cambios sociales o su tradición literaria no significaba en sí mismo involucrarse con el Estado Nacional.

Comparando la obra de Machado de Assis a la de Graciliano Ramos, Almir de Andrade afirmó que los dos autores tenían en común una sinceridad agobiante, y que penetraban en la miseria de las intenciones humanas viendo más allá de las máscaras sociales. Sin embargo, mientras para él Graciliano enfrentaba esa miseria sin ocultarse, Machado de Assis escarneaba de la vida, recogiendo en la ironía: “Allí donde Machado

⁵ “Uma geração dura apenas algumas décadas. E as transformações sociais e políticas têm aquela enervante lentidão das transformações geológicas: elas se pautam pelo ritmo largo e vagaroso dos séculos. [...] O instante em que vivemos é apenas a etapa de um caminho mais longo – talvez mais cheio de surpresas do que o que ficou para trás. Anima-nos, todavia, a consciência de já termos vencido as nossas hesitações de ontem e de já haveremos traçado um rumo definido para as nossas caminhadas do porvir. As páginas dessa Revista procurarão definir e esclarecer esse rumo. Elas serão, nesse sentido, um espelho do Brasil.” (Andrade, 1941, p. 8).

⁶ “Um número significativo de pensadores serviu ao governo Vargas na divulgação da doutrina do Estado Novo. Revistas como *Cultura Política* e *Ciência Política* desempenharam o importante papel de divulgação e vulgarização do regime. Nesse caso, a missão do intelectual se realiza pela integração total ao poder” (Oliveira, 1999, p.86).

de Assis nos apunta un abismo, un infierno humano que solamente podemos contemplar desde lejos tal cual un objeto de piedad y de escarnio, Graciliano nos ofrece un campo de lucha en lo cual tenemos que entrar con nuestros pies, recorriéndolo tramo a tramo, porque esta es la realidad del hombre” (1939, p. 99). Estamos aquí ante a una ecuación difícil de ser resuelta: por un lado, tenemos un Machado de Assis, para quién la Academia Brasileña de Letras, alejada del quehacer político tal cual una torre de marfil, representaría un refugio a los espíritus literarios y que debido a eso fue transformado en un símbolo al cual Getúlio y el Estado Novo querían contraponerse. Los intelectuales, así como los políticos de la Primera República son presentados en la ideología estado-novista como hombres que vivieron de espaldas a la realidad nacional (Andrade, 1940, p.98). Porque la desconocían y tampoco se les interesaba es que habrían intentado aplicar en el país modelos importados del viejo continente, especialmente de Inglaterra y Francia. De acuerdo con la ideología oficial, estos hombres habrían sido, pues, los responsables por la decadencia política, económica y moral que había afectado el país antes de 1930. Por el otro lado, tenemos un Graciliano Ramos, cuya literatura social podría ser vista como comprometida con la obra de valoración de la cultura nacional y con la *realidad nacional* tan apreciada por el Estado Novo. Siempre y cuando no se pronunciara públicamente en contra del gobierno, Graciliano podría ser aceptado en los medios oficiales. Parfraseando a Manuel Bandeira, quizá pudiéramos afirmar que tal cual Cassiano Ricardo en *A Manhã*, en la revista Almir de Andrade mantenía la misma noble postura de no mezclar literatura con política.

Los administradores de la cultura durante el Estado Novo parecían, pues, tener en cuenta lo que pertenecía y lo que no pertenecía al dominio de la política. Así como tenían en cuenta lo que decía respecto a la cultura de elite, como la filosofía, las letras, la arquitectura, y lo que decía respeto a la cultura popular, como la samba y el carnaval. A condición que los autores no se posicionaran políticamente en contra de los principios fundamentales del régimen, creo que podemos afirmar que había allí un relativo grado de libertad de expresión que, en tratándose de un régimen dictatorial, debe de venir sí o sí entre comillas. Los intelectuales podían contribuir como expertos, a partir de su área de conocimiento, porque esta contribución era posteriormente enmarcada por el discurso oficial dentro de un cuadro que mostraba la amplia colaboración de todos los sectores

sociales con la política de engrandecimiento y reconstrucción del país llevada a cabo por el gobierno.

Así, al celebrar un año de la publicación del primero número de *Cultura Política* su editor señalaba el éxito de la revista, que venía cumpliendo con la obra de reconstrucción nacional inicialmente propuesta. Tanto los temas tratados allí (la administración, la industria, el trabajo, la economía, la historia, la literatura y el arte) como el abanico de sus colaboradores probaban que la revista había logrado ser verdaderamente nacional. El “apelo a todas las expresiones del Brasil intelectual, sin distinciones entre regiones, doctrinas o tendencias” era “una condición insoslayable al sentido genuinamente brasileño que pretendíamos dar a nuestros estudios”, afirmaba Almir de Andrade. Según él, más importante, sin embargo, que el número y la variedad de sus colaboradores era el “espíritu de cooperación”, “en una muestra de sincera y esclarecida solidaridad con la acción política del gobierno” (Andrade, 1942, p.2). Entre el extremo representado por la figura de Machado de Assis simbólicamente identificada con la República Vieja, y el extremo opuesto de los intelectuales totalmente integrados a la vida política, como eran Almir de Andrade y Cassiano Ricardo, además de Azevedo Amaral, Francisco Campos y otros, había una franja de colaboradores que fueron gradualmente incorporados al régimen, a pesar de sus diferencias políticas.

La aceptación de las diferencias político-ideológicas, muy enfatizada por el discurso oficial, impidió que se instalara una situación de polarización en el campo intelectual y en la esfera cultural de manera más amplia, caracterizando un modo de funcionamiento de este campo que, como ya lo afirmamos, debe de ser visto en tanto una opción política más allá de la importancia de figuras individuales como Almir de Andrade, Cassiano Ricardo o mismo Gustavo Capanema. Rescatamos el ejemplo de Graciliano Ramos para mostrar lo que a nosotros parece haber sido una acción recurrente: adversarios del régimen colaboraban con la prensa oficial sin manifestarse en términos políticos, y a su vez esa colaboración era presentada como prueba de solidaridad con la acción gubernamental. En el caso de *Cultura Política*, además del editorial, las notas que antecedían los artículos, escritas probablemente por Almir de Andrade, más allá de aquellas que si fueron escritas por Rosário Fusco (cf. Andrade, 1984), enmarcaban lo que iba a ser leído dentro del cuadro de la ideología oficial. En el caso de *A Manhã*, la propia

estructura de diario en forma de cuadernos naturalizaba la separación entre los artículos y reportajes escritos por aquellos políticamente involucrados con el proyecto gubernista y el trabajo de aquellos que, como Múcio Leão, hacían de todo, “menos una cosa”, “y esa cosa es tratar de política”, aunque estos terminaron siendo igualmente identificados con el gobierno de Vargas (*apud* Ricardo, 1970, p.171)⁷.

Matices ideológicos: conclusión

A partir de sus publicaciones, el Estado Novo procuró organizar un campo intelectual homogéneo, a través de una acción y de un discurso que se jactaba de recibir la colaboración de todos aquellos comprometidos con la cultural nacional y popular. Las contribuciones podían venir asimismo de adversarios del régimen porque una vez que no trataran de temas políticos ellas eran presentadas en términos de solidaridad con el gobierno. Afirmamos anteriormente que ese modo de funcionamiento de la esfera cultural era el resultado de una opción política que visaba la incorporación de las diferencias político-ideológicas por el discurso hegemónico. Ahora bien, esta opción política que creemos ser válida para la esfera cultural de manera general adquirió igualmente una forma singular en lo que dice respecto a aquellos intelectuales que, de hecho, estaban totalmente involucrados con el proyecto oficialista. Nuestra referencia aquí son las variadas interpretaciones sobre el sentido mismo del Estado Novo producidas por sus intelectuales y divulgadas en órganos de prensa como *Cultura Política* y *A Manhã*.

En este sentido vale la pena rescatar en el testimonio de Almir de Andrade como fueron sus primeros contactos con Getúlio Vargas. Periodista de los *Diários Associados* de propiedad de Assis Chateaubriand, Almir de Andrade tuvo que hacerse cargo de reseñar los cinco primeros volúmenes de *A Nova Política do Brasil* publicados en setiembre de 1938 por la José Olympio Editora, que presentaban todos los discursos pronunciados por el presidente desde 1930. Siguiendo la misma línea ya presentada en su

⁷ “Você aceitou o meu ponto de vista, e ficou bem assentado que no jornal a surgir que eu nunca trataria de política. *A manhã* tornou-se uma realização. Ali trabalhamos, lado a lado, durante quase quatro anos, e manda a justiça que eu reconheça que durante todo esse tempo, mesmo na fase em que mais intensamente dei ao jornal a minha contribuição em tópicos, você nunca me pediu nada que interessasse à orientação política de *A Manhã*. Deixou-me sempre viver tranqüilo, somente entregue ao meu setor predileto, que era o dos assuntos gerais e culturais. A isso lhe sou imensamente grato, meu caro Cassiano Ricardo.” (Múcio Leão *apud* Ricardo, 1970, p. 171).

libro *Aspectos da Cultura Brasileira*, dónde encontramos un gran elogio a la obra de Gilberto Freyre, Almir de Andrade intenta establecer los vínculos entre el gobierno de Vargas y la evolución de la cultura brasileña, según él fuertemente influenciada por la plasticidad característica a la colonización portuguesa. A partir de la publicación de su reseña, o sea, antes que comenzara a dirigir la revista *Cultura Política*, él recibe la invitación para escribir el libro *Força, Cultura e Liberdade*, publicado por el DIP en 1940. Allí encontramos su interpretación del Estado Novo desde la perspectiva de cómo se habría constituido históricamente una cultura política genuinamente nacional. Según el testimonio de Almir de Andrade, Vargas y Lourival Fontes (director del DIP) no estaban contentos con la línea ideológica impresa al régimen por Francisco Campos. Ministro de la Justicia y autor de la constitución de 1937, Campos fue y es hasta hoy en día considerado como uno de los más importantes ideólogos del Estado Novo. Sin embargo, según Andrade, para Getúlio y Lourival la interpretación de Campos era excesivamente conservadora y se acercaba al fascismo, alejándose en este sentido del que pensaba el presidente – “un hombre de espíritu popular” (Andrade, 1986, p.12). A pesar de disgustar al presidente y a Lourival Fontes, tanto *Cultura Política* como *A Manhã* publicarían todavía muchos comentarios y reseñas sobre la estructura jurídica del régimen, tal cual la había formulado Francisco Campos⁸. Igualmente no es un dato menor que la obra más importante de Campos sobre el Estado Novo – *Estado Nacional: sua estrutura, seu conteúdo ideológico* – haya sido publicada en el mismo año de 1940, contemporánea al libro de Almir de Andrade y al influyente libro de Cassiano Ricardo, *Marcha para o Oeste*, a partir de entonces usado por la publicidad gubernamental para dar un contenido místico al Estado Nacional (cf. Velloso, 1983; cf. Lenharo, 1986).

Aunque estuvieran parejamente involucrados con el régimen, cada uno de estos intelectuales evaluaron de manera muy distinta su significado histórico. Almir de Andrade, por ejemplo, se acerca a las interpretaciones de Gilberto Freyre, Oliveira Vianna, Alberto Torres y mismo de Sérgio Buarque, al afirmar que el Estado Novo revivía una tradición política genuinamente brasileña, basada en el concepto de familia

⁸ “Não sei se Francisco Campos, autor de O Estado Nacional, acompanhou a nossa exposição diária, sistemática, quase didática da Carta de 37, da qual era o autor. Sei que o Presidente Getúlio encontrava tempo para se informar de tudo, notadamente do modo por que suas idéias eram tratadas e explicitadas, apontando *A Manhã* como o verdadeiro órgão do regime” (Ricardo, 1970, p. 161).

patriarcal y en el carácter centralizador del Segundo Reinado. El énfasis de Almir de Andrade estaba puesto sobre los rasgos psicológicos que habrían conformado nuestra mentalidad política. Interesado por las tradiciones populares, su defensa del Estado Novo y de su carácter realista se debía a que se los viera como expresión institucional de la cultura nacional (cf. Oliveira, 1982). A su vez, para Cassiano Ricardo (1941), cuya participación previa tanto en la política como en la esfera cultural remiten al movimiento paulista de la década de 1920 y al grupo *verde-amarelo* del cual había formado parte, el Estado Novo vendría a actualizar la única experiencia a través de la cual el país podría realizarse a sí mismo. Esta experiencia era la sociedad bandeirante de los siglos XVI y XVII realizada al margen y mismo en contra de la colonización portuguesa tan apreciada por Almir de Andrade. Para Cassiano, que debate directamente con Freyre y Oliveira Vianna, la casa-grande así como el Imperio eran símbolos del atraso brasileño y de la mentalidad litoral que hasta 1930 habría dominado el país, al costo de su progreso y de sus riquezas. En este sentido, su planteamiento se le acerca mucho a otro importante intelectual del régimen, Azevedo Amaral (1935), por el énfasis que ambos atribuyen a la importancia de la modernización económica para la democracia social brasileña.

Al iniciar nuestra presentación, planteamos que es un punto asentado en la literatura académica brasileña que el gobierno de Vargas logró recibir el apoyo de una heterogeneidad de intelectuales y hombres de letras a su proyecto político-ideológico. Sin embargo, si esto es correcto, faltaría interpretar esa característica a partir de un cuadro teórico que sobrepasara pero estuviera articulado al modo como fue organizado el campo intelectual y la esfera cultura de manera general. Así, defendemos que por detrás de figuras individuales como Almir de Andrade y Cassiano Ricardo había una opción política por parte del gobierno de absorber las diferencias ideológicas para que no se constituyera una situación de antagonismo político igualmente en el campo cultural. Esta opción política actuó en dos niveles distintos. Por un lado, en el caso de los intelectuales adversarios del régimen, o alejados del gobierno en términos políticos, esta opción resultó en la separación entre cultura y política en los órganos que producían y divulgaban la doctrina oficial. La interpretación de Almir de Andrade del Estado como expresión de la cultura – y no al contrario de la cultura como expresión del Estado como planteaba Francisco Campos – está de acuerdo con un discurso oficial que enmarcaba la producción

cultural en un cuadro de cordial colaboración la obra de reconstrucción nacional. El resultado de esta opción política fue presentar como homogéneo un campo que, en verdad, estaba atravesado por tensiones políticas. Por el otro lado, en el caso de los intelectuales que de hecho estaban totalmente involucrados con el régimen, esta opción política hizo posible, a su vez, que coexistieran múltiples interpretaciones *oficiales* sobre el sentido y el significado histórico del Estado Novo. Si competieron unas con las otras estas interpretaciones no se anularon mutuamente, sino que al contrario se sobrepusieron, formando el cuadro que actualmente consideramos como habiendo sido el proyecto político-ideológico estado-novista. Entender el proceso de formación de este cuadro a partir de una perspectiva analítica más amplia hace posible leer el discurso oficial no solamente como testimonio, sino que igualmente como acción política, y sin que sea necesario abdicar de las trayectorias individuales en sus contextos concretos. Pensar la organización del campo intelectual desde allí, o sea, desde un principio abstracto de incorporación de las diferencias que opera más allá de figuras individuales, también nos permite descomponer una heterogeneidad que casi siempre termina siendo tratada analíticamente como homogeneidad.

Empezamos esta ponencia haciendo referencia a un estudio comparativo sobre el vaguismo y el peronismo en tanto fenómenos populistas, aunque estuviéramos interesados especialmente en sus conclusiones sobre el caso brasileño. Creemos, si embargo, que si consideramos la organización del campo intelectual durante el primer peronismo desde los dos niveles analizados aquí – o sea, de cómo el gobierno peronista habría actuado hacia sus adversarios y hacia sus aliados – quizá sea posible afirmar que el peronismo sostuvo en términos discursivos una visión no condicionada de cultura popular.

Bibliografía:

Amaral, Azevedo. *O Estado Autoritário e A Realidade Nacional*. Brasília: Ed. UNB, 1981 [1938].

Amaral, Azevedo. *A Aventura Política do Brasil*. Rio de Janeiro: Livraria José Olympio Ed., 1935.

- Andrade, Almir de. Almir de Andrade II (depoimento; 1984). Rio de Janeiro, FGV/CPDOC – História Oral, 1986.
- Andrade, Almir de. Almir de Andrade I (depoimento; 1981). Rio de Janeiro, FGV/CPDOC – História Oral, 1985.
- Andrade, Almir de. “O Segundo Ano de *Cultura Política*: um programa e uma realização”. In: *Cultura Política*, no. 14, abril de 1942.
- Andrade, Almir de. “A Evolução Política e Social do Brasil”. In: *Cultura Política*, no. 1, março de 1941.
- Andrade, Almir de. *Força, Cultura e Liberdade*. Rio de Janeiro, Departamento de Imprensa e Propaganda/Imprensa Nacional, 1940
- Andrade, Almir de. *Aspectos da Cultura Brasileira*. Rio de Janeiro: Schmidt Editor, 1939.
- Campos, Francisco. *O Estado Nacional: sua estrutura, seu conteúdo ideológico*. Brasília: Editora do Senado Nacional, 2001 [1940].
- Capelato, Maria Helena R. *Multidões em Cena: Propaganda Política no Varguismo e no Peronismo*. Campinas: Ed. Papyrus, 1998.
- Codato, A. N. & Guandalini Jr., W. “Os Autores e Suas Idéias: um estudo sobre a elite intelectual e o discurso político do Estado Novo”. In: *Estudos Históricos*, Rio de Janeiro, no. 32, 2003.
- Fernandes, Florestan. *A Revolução Burguesa no Brasil: ensaio de interpretação sociológica*. Rio de Janeiro: Ed. Guanabara, 1987 [1975].
- Fiorrucci, Flávia. “¿Aliados o Enemigos? Los intelectuales en los gobiernos de Vargas y Perón”. *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, Julio-Diciembre 2004.
- Gené, Marcela. *Un Mundo Feliz: Imágenes de los trabajadores en el primer peronismo (1946-1955)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica- Universidad San Andrés, 2008 [2005].
- Grosso, Alejandro. *Los Dos Principes: Juan D. Perón y Getúlio Vargas: un estudio comparado del populismo latinoamericano*. Villa Maria: Eduvim, 2009.
- Laclau, Ernesto. *Política e Ideologia na Teoria Marxista: Capitalismo, Fascismo, Populismo*. Rio de Janeiro: Ed. Paz e Terra, 1979.

- Lenharo, Alcir. *Sacralização da Política*. São Paulo/Campinas: Papyrus, 1986.
- Miceli, Sérgio. “Intelectuais e Classe Dirigente no Brasil (1930-1945)”. In:_____. *Intelectuais à Brasileira*. São Paulo: Companhia das Letras, 2001 [1979].
- Oliveira, Lucia Lippi. “O Pensamento de Almir Andrade”. In: Oliveira, Lúcia Lippi; Velloso, Mônica Pimenta & Gomes, Ângela Maria de Castro. *Estado Novo – Ideologia e Poder*. Rio de Janeiro: Zahar, 1982.
- Oliveira, Lucia Lippi. “Vargas, os intelectuais e as raízes da ordem”. In: D´Araújo, Maria C. *As Instituições Brasileiras na Era Vargas*. Rio de Janeiro: EDUERJ/ FGV Ed., 1999.
- Plotkin, Mariano B. *Mañana es San Perón: propaganda, rituales políticos e educación en el régimen peronista (1946-1955)*. Buenos Aires: EDUNTREF, 2007 [1993].
- Ricardo, Cassiano. *Viagem no Tempo e no Espaço: Memórias*. Rio de Janeiro: José Olympio Editora, 1970.
- Ricardo, Cassiano. “O Estado Novo e seu sentido Bandeirante”. In: *Cultura Política*, no. 1, março de 1941.
- Velloso, Mônica P. “Os intelectuais e a política cultural do Estado Novo”. In: Ferreira, J. & Neves Delgado, Lucilia de A. *O Tempo do Nacional-estatismo: do início da década de 1930 ao apogeu do Estado Novo*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 2003.
- Velloso, Mônica P. *O Mito da Originalidade Brasileira: a trajetória intelectual de Cassiano Ricardo (dos anos 1920 ao Estado novo)*. Dissertação de Mestrado. Pontifícia Universidade Católica. Rio de Janeiro, 1983.
- Velloso, Mônica P. “Uma configuração do Campo Intelectual”. In: Oliveira, L. L., Velloso, M. P. & Gomes, Ângela de C. *Estado Novo: Ideologia e poder*. Rio de Janeiro: Zahar Editora, 1982.
- Werneck Vianna, Luiz. *A Revolução Passiva: Iberismo e americanismo no Brasil*. Rio de Janeiro: Revan, 1997.